

Éric Vuillard

LA BATALLA DE OCCIDENTE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ÉRIC VUILLARD
LA BATALLA DE OCCIDENTE

Traducción de Javier Albiñana

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *La bataille d'Occident*

1.ª edición: octubre de 2019

© Actes Sud, 2012

Copyright de las ilustraciones: págs. 14, 24, 34, 52, 104, 136, 142 y 168:

© Derechos reservados; págs. 76 y 124: © Roger Viollet; págs. 116 y 152:

© ECPAD, Médiathèque de la Défense; pág. 162: © Collection privée

IM / KHARBINE-TAPABOR

De la traducción: © Javier Albiñana Serain, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-742-2

Depósito legal: B. 17.881-2019

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Primicias	13
Atravesar el mundo a caballo	23
A los que nos ofenden	33
Verano	51
La mies	75
El día más mortífero de todos los tiempos.	103
El gran vacío	115
La retirada	123
El Camino de las Damas	135
Trincheras	141
Enemigos	151
Los hombres de las cavernas	161
Las facturas	173

Primicias



En el principio hubo un gusto común. Una élite refinada y orgullosa. Los nietos de la reina Victoria ocupaban los tronos de Inglaterra y Alemania, un mismo trasero había plantado sus nalgas en dos sillas. Todas las coronas de Europa poseían ancestros que habían dormido en las mismas sábanas. La consanguinidad reinaba sobre una rígida moral a lo largo y ancho de un continente. El káiser era coronel de dragones del ejército británico, y su primo Jorge V lo era de la guardia prusiana. Todo iba a las mil maravillas. Costaba distinguir a los primeros ministros, a los reyes, a los presidentes. La autoridad llevaba más o menos en todas partes el mismo aspecto barbudo, todos los hombres lucían en el cuello una bonita carúncula de pavo. En verano, un turismo chic reunía a todo el mundo en la costa francesa, se jugaba al whist, se com-

partían las amantes. Aparte de eso, los únicos extranjeros con los que uno podía cruzarse lejos de casa eran marineros, criados o ladrones. Era un mundo de una anterioridad altiva, pero que se financiaba con la lepra de las paredes. Cada uno reinaba sobre su palmo de felicidad gracias al dinero de la copra y del caucho, gracias al sudor de un sinnúmero de trabajadores. Era la Francia de Feuilleade y de Mistinguett, la de Fallières y de Poincaré. Fallières era un simpático caballero que fue presidente. Durante la primera parte de su mandato, indultó a todos los condenados a muerte. Conoció a Nicolás II, en Cherburgo, tomaron el té para consolidar la Triple Entente. En 1912 instaló la cabina electoral —pequeña conejera donde, detrás de una cortina, el hombre rumia sus límites y alza el puño—. Cuando naufragó el *Titanic*, presentó sus condolencias al mundo entero, pero olvidó presentárselas a las familias francesas y se marchó de vacaciones.

En aquella época, los regimientos de dragones constituyen el grueso de la caballería francesa. Admiramos todo un aparato de péplum: morriones, pantalones púrpura, gran equipamiento de talabartes. Pero los austriacos han llevado aún más lejos que los franceses el arte de la guerra y del plumaje;

sus regimientos son reconocibles por sus sutiles matices de color: el cereza, el rosa, el amaranto, el carmín, el escarlata o el bogavante. Los ingleses y los alemanes, por su parte, visten de caqui o de gris verdoso; resulta más moderno, pero más triste. ¡Imaginémonos ahora todos aquellos ejércitos cubiertos de galones, de penachos, aquellos trajes de golf mezclados con el tartán, el kilt, la borla, aquellos quepis de colores y cascos en punta, toda suerte de jetas picardas o bátavas, silbando, marcando el paso en medio de un gran charco de sol! Se está preparando una guerra, toda una parafernalia de idioteces, un retraso inaudito, progresos harto malévolos, un heroísmo que será aplastado por el hierro. Porque éste es un mundo extraño, de dos caras: a la par muy antiguo, un mundo de salitre y de malvarrosas, un mundo de abanicos y de feos valses, pero también el mundo de los primeros tanques, de los obuses, de las primeras grandes máquinas para matar. Los cadetes de Saint Cyr marcharán al combate con vistosos uniformes, se verá a jóvenes lampiños, penachera y guante blanco, desfilar durante unos días, hasta que las primeras ráfagas de ametralladora les sieguen las plumas.

Prusia posee desde 1810 una escuela de guerra. Las palabras «escuela» y «guerra» producen, una al lado de la otra, un efecto extraño; nos imaginamos a muchos alumnos en fila, calzando botas que les van demasiado grandes, dormitorios donde te despiertan a toque de corneta. ¿Y qué se aprende en una escuela de guerra? A entrechocar los talones. Porque habrá que esperar un poco para que se desarrolle un auténtico aprendizaje de la guerra. Las primeras escuelas de guerra están pensadas para producir subalternos, criados especializados capaces de asistir a los amos en sus quehaceres. Y es que, durante mucho tiempo, se continuará eligiendo a los mandos del ejército, siguiendo las recomendaciones de una anciana prima, entre los hijos de buena familia. Todo ha de quedar entre amigos, la guerra se representa como una obra de teatro cuyo texto ha de saberse desde la más tierna infancia, los papeles protagonistas están ya reservados, tan sólo las bayonetas forman en fila india en los comederos a la espera de que cualquier mano las coja. La fulgurante victoria de Prusia sobre Francia en 1870 dará al traste con esos antiguos hábitos. En lo sucesivo, se fabricarán oficiales como se fabrican cañones. Se les imbuirán todas las teorías necesarias; parti-

ciparán en simulacros, en una especie de juegos para adultos. Contempladlos ahora a esos grandes pánfilos corriendo por las frías campiñas y garra-pateando en sus cuadernos. Delinean curvas, flechas, borran, rehacen un movimiento de cerco, luego de desbloqueo, ¡y zas!, todo se ha perdido. Se toma nota de los ejercicios. Esos niños mayores dibujan, corren por los barbechos, trabajan en equipo, estudian las probabilidades de morir y de dar muerte. Está naciendo un juego inmenso y apasionante, hasta el punto de que, por un instante, cabría creer que nunca volverán a combatir, sino sólo a pensar en ello. Cabría creer que en lo sucesivo van a correr, anotar, imaginar, anticipar, corregirse, que las amplias hojas de papel donde trazan sus líneas de fuego concentrarán todas las guerras por venir y que los fines de semana de permiso de esos extraños escolares serán los armisticios soñados de sus ejércitos de mocos y de cartón.

Pero no es ningún juego. La selección es feroz. Se escogen como se escoge hoy en día el ganado destinado a la carne. Está surgiendo toda una ciencia de la contratación. Se reclutan alumnos serios y brillantes, lejos del *furor* y del *impetus*. La guerra se desliga casi por completo del orden antiguo. Impera la razón, es decir, el tiempo, el número y

la adición helada de fuerzas. Se precisan buenos capitanes, buenos tenientes, se precisan cavadores, palafreneros, cantineros, caballos, almacenes, uniformes y trompetas. Ahora todo eso va a la cabeza de una columna o de una línea de contabilidad. Hay que prever, clasificar, combinar. Todo se convierte en un oficio, y la guerra es una inmensa empresa que se prepara sin cesar. No se puede vivir sin pensar en ella, no se puede vivir una noche sin aovar un obús. Y el gran hormiguero repleto de huevos grises no es sino el resultado de un cálculo preciso, permanente, asombroso; y, más que cualquier otra cosa, más que su propio resultado, más que su objetivo abstracto de vencer y destruir, parece ser la espantosa maquinación de la nada. Porque, en cierto sentido, nadie, ni el alma más pequeña, participa en la elaboración real de todo eso. Simplemente, millones de manos cargan, arrastran, pulen, cortan, depositan, acumulan los cartuchos, la pólvora, las láminas de acero, millones de ojos miran y no ven. Furia sublime del hombre, tan dulce, tan eficaz. El capataz, el obrero, el comerciante, todos —excepto algunos patricios circunspectos— marchan a la guerra con los ojos vendados, todos avanzan con la mano en el corazón hacia lo inconcebible.

Por supuesto, existe el espíritu de revancha, esas razones que se invocan. Pero eso no basta, eso no basta nunca para explicar por qué, un buen día, millones de hombres acuden cantando a plantarse de pronto los unos frente a los otros y empiezan a dispararse. Existe un calendario del alma que nadie conoce de verdad y que ningún cúmulo de razones, ninguna explicación, por convincente que sea, agota.

Así pues, tenemos a unos jóvenes oficiales competentes, unos magníficos uniformes, pero sigue faltando a quién mandar, sigue faltando aún un pueblo con brazos y piernas para llevar los fusiles y cargar los cañones. Una vez enfundados los dolmanes, abrochados los botones, cosidas las jarreteras, siguen faltando quintos, reclutas, pipiolos, caloyos; sigue faltando carne y sangre. Hubo la leva en masa del año II, y la ley Jourdan-Delbrel de 1798 sobre el reclutamiento. El servicio militar hizo su aparición en Prusia en 1814, con ocasión de las guerras de liberación. El empeño prosperó en el mundo, y, en los Estados de Europa, se convirtió en un medio para una nueva clase de guerra en la que la industria y la carne iban a dar, juntas, un fabuloso ejemplo de despilfarro. Moloch pedía bebida y comida. Las naciones crédulas enviaron

a sus jóvenes. Fue una carnicería. El reclutamiento es el nombre de ese estallido, de esa terrible generosidad de los cuerpos, en que la juventud es enviada a morir en medio de los campos de remolacha azucarera.